

Saratoga

En una de las semanas más pobres de la ya agonizante temporada cinematográfica de 1937 no podía faltar la consabida muestra de explotación comercial que hacen los americanos de cualquier motivo respetable (v. g. la niñez en el cine, casos Shirley Temple y "Dionne Quintuplets") cuando con ello se puede ganar dinero. La víctima en este caso es Jean Harlow, cuya esplendorosa juventud y cuyo insultante "sex appeal" se apagaron súbitamente hace algunos meses, en una muerte tan inesperada como injusta. Conocida por el público la circunstancia de que al morir Jean aún no se había concluido de filmar la película "Saratoga", Culver City se vio inundado de cartas en que se pedía la exhibición de ésta en cualquier forma. Con un burdo truco por el cual se presenta la "stand-in" (esto es, la doble de la "estrella") en ciertas escenas, cuya inclusión no contribuye por cierto a aclarar la trama, ni a remendar los múltiples baches en que ésta abunda desde un principio, se consideró terminada una película que aún habiendo sobrevivido Jean Harlow siempre sería inconclusa y siempre invitaría al archivo antes que a la explotación.

No se explica uno cómo Jack Conway permitió que su nombre figurara al lado del título de "director", estando su película, por lo menos en sus tres cuartas, en manos (mejor dicho, en patas) de los caballos. Y no se crea que hay aquí ironías. Pasando por la clásica carrera final (que como novedad tiene esta vez dos partes: una diríamos "hipodrómica" y la otra cinematográfica, en que se exhibe, a los protagonistas interesados, la película de la llegada al disco y del triunfo de Dubonnet por media pestaña) todo se va en cesiones, remates y preparativos de los "nobles brutos" y apenas si sale por ahí Clark Gable sonriéndose a veces y presumiendo, con todo derecho, de comediante favorito: la difunta Jean, luciendo un estado físico mucho más resplandeciente que en "jugando a la misma carta" y Lionel Barrymore, que entre grito y grito —por suerte muy contados esta vez— se confiesa "atendido por un veterinario". ¡Hombre, ya lo sospechábamos!

Como el director no logra quitar al público su mortal fastidio ni con los solos de atolondramiento de Frank Morgan, ni con las cantarolas colectivas, ni con un episodio de diagnóstico médico sobre el amor que es mucho más de vodevil francés que de cine americano, ni mucho menos con ese recurso de vampiresa de Mack Sennet que, para disimular la presencia de un fulano en sus habitaciones, se pone a fumar el tamañísimo cigarro de hoja que éste ha dejado sobre un cenicero, todo el atractivo de esta película se reduce a un interés de viejo "film" en episodios de ver cuándo las dobles suplantán a Jean (una, la que imita su voz, muy eficazmente; y otra —la que aparece oculta bajo un sombrero-quitásol o con los gemelos enterrados en los ojos— de una manera burda), exactamente como antes se buscaba adivinar la faz del traidor, cuando al encapuchado se le soltaba, en un imprudente descuido, una punta de su kukluxclan de máscara.

R. A. D.